

## ÁLBUM FOTOGRÁFICO DE LUIS B. LLUCH GARÍN DE LA ERMITA DE SANTA BÁRBARA EN 1964

*Proseguimos la serie de reportajes fotográficos de Luis B. Lluch Garín del término de Venta del Moro y aledaños. En este número publicamos el artículo referido a la ermita y caserío venturreños de Santa Bárbara en el río Cabriel publicado en Las Provincias el 13 de enero de 1965 con fotografías realizadas por el propio autor en 1964. El autor recorre los parajes venturreños que en aquellos años ya estaban muy marcados por la despoblación y la belleza del paisaje.*

### LO QUE QUEDA DEL CASERÍO DE SANTA BÁRBARA

*Publicado en el Diario «Las Provincias» el 13 de enero de 1965*

**Luis B. Lluch Garín**

Desde la ruta general de Valencia a Madrid, un poco más allá de Caudete de las Fuentes, parten dos o tres carreteras estrechas para **Venta del Moro**. Ninguna es buena, y quizá la menos mala es la que pasa por Jaraguas, porque tiene algún pedazo asfaltado, pero después de unos diez kilómetros, olvidando el mal humor que causa el pésimo camino, se llega al fin a Venta del Moro.

Dejo el coche en una plazoleta y me encamino a la casa del alcalde.

—Ahora se levantará —me dice su mujer—. Es que está con un catarro muy fuerte... ¡ya ve con el tiempo que hace!

No valen mis protestas y fracasan todas mis súplicas. El alcalde ha salido al comedor, y sentados alrededor de la mesa camilla hablamos de ermitas.

—Pues aquí, en Venta del Moro, no hay ninguna, y en las aldeas ya son todas parroquia. Pero yo sí recuerdo la de Santa Bárbara..., está muy lejos y el camino es malo. ¿Piensa ir?

Su perplejidad es grande cuando afirmo con la cabeza, y luego de nuestra despedida deseándole un pronto restablecimiento me traslado a **Casas de Moya**; son otros seis kilómetros en los que se pone a prueba la paciencia del conductor.

Casas de Moya es una aldea limpia y soleada, con la plaza llena de grupos de vecinos junto a la fuente a donde van las mujeres y las chicas jóvenes llevando cántaros y pozales. Allí pregunto a unos labradores y me entretengo escuchando sus largas explicaciones. Me dicen que he de coger el camino que va a Tamayo, «*que es un caserío de Albacete que está al otro lado del Cabriel, pero que a este lado de acá quedan todavía algunas casas de Santa Bárbara, y que por allí está lo que queda de la Ermita*». Sobre este punto no están muy de acuerdo, pero en lo que se refiere al estado de la carretera... ¡todos se muestran conformes!; mala en general y muy mala a trozos.

Son dieciocho kilómetros de camino los que me esperan. Un camino largo sin cruzar ni un solo caserío. Camino estrecho entre montes, pinares y tierras de labor; y un camino que no tiene retorno, pues muere en el río y es preciso volver por la misma carretera. Todo esto no me preocupa. Veré el paisaje, que me lo imagino precioso e inédito, y gozaré recorriendo tierras poco conocidas. Sólo, al mirar al cielo, frunzo el entrecejo porque unas nubes pesadas y oscuras permanecen quietas como abotargadas bajo el peso de su hinchazón.

Ya estoy a mis anchas, en mi elemento. Sube y baja el camino, y aunque salta el coche sobre las piedras sueltas o resbala entre las carriladas torciendo el volante, hay montes y peñascos, hay pinares y barbechos, y bancales de vides y tierras incultas.

Un silencio impresionante domina el campo. En la Derrubiada arranca **la carretera de Casas de Pradas**, y en la hoya de un calvero, junto a la cuneta, veo tres masías con ventanas y puertas cerradas, y al verlas me embarga de pronto una triste sensación de soledad.

Todos los árboles me miran y son para mí, y son míos sus troncos y ramas: son los árboles y pinos que pueblan la **Presilla y el Rincón del Toro**. A cada revuelta el paisaje es diverso y tiene matices diferentes. Se entrega al viajero con ingenuidad y goza intensamente al mostrar su belleza pura.

Un poco más allá de la **fuelle de la Víbora** y casi tocando **la Calera**, el camino domina una varga rocosa con curva cerrada, y de pronto, al coronar la cuesta, parece que se hunde la carretera, dejando al viajero suspendido en el vacío. Un vacío inmenso de una extensión indefinida, abierto a mis pies y cubierto de montes, sierras y colinas escalonadas. En la cima de todas las cresterías y cabeceras duermen los oscuros pinos, apretadas sus copas y sumidas en un sopor de nirvana. Entre las cordilleras y las ramblas, se adivinan los valles bajo el toldo de unos cejos que unos son blancos y densos, y otros casi azules y desflecados. Hay una gama de grises y morados impresos en la carne del monte según la distancia y los planos iluminados a contraluz; y por el corte de un hocino, abierto entre peñascos, discurre un reguero de oro hirviente: es el rielar del sol en la corriente del **río Cabriel**.



Nada se oye, ni el canto de un pájaro. Todo parece esculpido como un altorrelieve en mármol y bronce; y sin embargo se escucha el latido poderoso del paisaje y las voces sonoras de aquella naturaleza que alaba a su Creador.

Cuando bajo los ojos, ahitos de tanto esplendor y cuajados de luz, en la sombra azul y verde que cubre la tierra roja de la cuneta, una procesión de hormigas negras sigue una ruta desconocida para mí, y a mis pies, las arenillas del ribazo se estremecen al paso de una brisa impalpable.

Al término del viaje la carretera muere al pie de unas eras que muestran con claridad la marca de su abandono. Una casa apuntalada se desmorona con perezosa lentitud, y a su lado unos cobertizos de tejadillo hundido tienen sus paredes arruinadas. De la única casa que queda sale una nubecilla de humo transparente. Es un horno de pan. Al otro lado del río, entre la celosía del ramaje desnudo de la chopera, se ven dos o tres casas cerradas y el hastial blanco de una Ermita. Es el **caserío de Tamayo** y pertenece a Albacete.

A mis voces sale una mujer y se me queda mirando con asombro, encuadrado su rostro bajo los pliegues de un grueso pañuelo anudado en la sobarba.

— ¡La Ermita...? —me responde—. Ya no queda casi nada de ella. Pregunte en la casa de arriba que es la única en donde viven. Allí está el encargado de todo esto. Suba por ese camino.

Al meterse en su casa de techo bajo y pequeñas ventanas, el rumor del río llena su cuenca de meandros entre estas montañas solitarias.

Por fin me hago con el encargado y subimos al coche. Un camino de sirga, estrecho y de tierra fina, nos lleva bordeando el río de color verdemar. El Cabriel llena con su presencia viva el valle, y los montes silenciosos le sirven de eco a su romance lento y azul.

Dejamos el coche y subimos por una vereda hasta un hacho de rocas que domina una curva ancha del Cabriel. El perro del encargado nos ha seguido hasta las **ruinas de la Ermita**.

—Este es el mejor amigo —me dice el hombre acariciando la cabeza del animal—. Siempre está conmigo. ¿Usted



